

MANUEL GUTIERREZ NAJERA, PRECURSOR DEL MODERNISMO EN MEXICO

POR MARTHA CANDANO

Gutiérrez Nájera es el primer introductor en América de las tendencias representadas por Verlaine y Mallarmé en Francia; es el que, ya conscientemente, comunica por primera vez a la poesía mexicana una gran musicalidad y la enriquece con nuevas imágenes y nuevas palabras.

Su temperamento es distinto del de los otros precursores del modernismo en América, pero con ellos tiene algunas características comunes.

Como ellos, fue un espíritu rebelde, individualista, predispuesto para las penas de la vida y con tendencia a exagerar el dolor. Surge en su país solo, obedeciendo a un movimiento de su corazón, y al sentirse aislado de los demás, se desorienta con frecuencia y habla de la voluntad como "palabra mentirosa". El orgullo de soledad coincidió en todos los precursores del modernismo y se tornó en pesimismo y escepticismo. El "mal del siglo" seguía afectando a estos espíritus todavía románticos; así llegaron a despreciar el mundo y a obsesionarse por la idea de la muerte, y habría que recordar aquí que todos lograron su deseo, todos murieron jóvenes.

Gutiérrez Nájera presiente su muerte en su poema "A mi Madre", y en "Para Entonces" exclama:

"Morir y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona,
cuando la vida dice: "aún soy tuya",
aunque sepamos bien que nos traiciona."

Nuestro poeta, en un principio, por sus composiciones hondamente religiosas, como "María", "Dios", y en cierto modo, "Pax Animae" y "Non Omnis Moriar", composiciones místicas con vago sabor de lo infinito, hizo pensar a los católicos de México que ocuparía el lugar que Carpio y Pesado habían tenido en la literatura como salmistas de la religión católica. Pero no fue ese el camino que siguió.

Influenciado por el liberalismo y la ley de Reforma, y por el medio ambiente saturado de escepticismo, fue perdiendo las creencias en los dogmas de la iglesia, que su madre, una ferviente católica, le legara. No obstante, no llegó hasta el ateísmo, pero sí con frecuencia, en algunos de sus poemas, lo vemos inquiriendo la verdad de sus creencias religiosas.

No tiene esperanza en el porvenir, "tan triste es lo que siente y tan negro lo que ve", que dice:

"ya no en la dulce dicha, ni en la ventura creo,
ya sólo me presenta la muerte el porvenir.

La duda con sus garras destroza mi creencia,
marchita con su aliento las flores de mi amor;
hay sombras en mi alma, hay luto en mi conciencia,
la vida es una estrofa del himno del dolor!"

Pero el poeta desea que la duda no siga haciéndolo sufrir, y le dice:

"¡Aparta, sombra horrible,
Aparta de mi frente
Tus alas, que la cubren
Con fúnebre crespón!
¡Aparta, que a mis ojos
Asoma el llanto ardiente,
Y roto está en pedazos
Mi triste corazón!"

Y más adelante:

"¿No sabes que mis dichas
Destruyes con tu aliento?
¿No sabes que mis ojos
Te miran con pavor?
¡Aparta, sombra horrible!
¡Aparta, que tu acento
Resuena en mis oídos
Cual grito del dolor!"

Otras veces recuerda el bardo la fe de su infancia, esa sencilla religión, como él la llama, que "escucha el hombre en su penar profundo" por los intrincados senderos de la vida.

Gutiérrez Nájera, como Rubén Darío, publicó su primer poema a la edad de trece años; como Rubén Darío, también, aprendió muy joven el francés y fue periodista.

Viajó poco y su vida fue en general tranquila y hogareña; esto afecta grandemente a su obra, que presenta un estilo claro, sencillo y apacible y en la que se nota también la influencia de los autores que solazaron su infancia: fray Luis de León, Juan de Avila, San Juan de la Cruz, Santa Teresa, etc.

Sus padres fueron devotos y cariñosos siempre con él; es por esto que nos dejó dos poemas: "A mi Padre" y "A mi Madre", como huellas imborrables de lo que significaban para él. El cigarro y la gardenia fueron sus constantes compañeros; su vestido pulcro, elegante, distinguido como su obra. Su bondad disimulaba su fealdad.

Trabajó hasta agotarse: fue poeta, crítico, humorista, costumbrista, cuentista, periodista, y todo de una manera admirable. Escribió en "La Voz de México", un periódico local; en "El Federalista", "El Partido Nacional", "El Renacimiento", "El Mundo Ilustrado" y en muchos otros periódicos que difundían los artículos ingeniosos de nuestro escritor firmados con diferentes pseudónimos: Recamier, Puck, el Cura de Jalatlaco, Juan Lanás, Junius, Perico de los Palotes, y el más famoso de todos sus sobrenombres, "El Duque Job", del que ha dicho el bien conocido costumbrista Angel de Campo (Micrós) que sólo le fue concedido a nuestro escritor, en la república de las letras, el título de duque, por un favor muy especial que bien se merecía.

Desgraciadamente, Gutiérrez Nájera gastó mucho talento inútilmente en esa incesante labor periodística. Los periódicos no sólo de México, sino de muchos países de la América del Sur, se lo disputaban; él, por su parte, fundó, en compañía de Carlos Díaz Dufóo, la "Revista Azul", en mayo de 1894. De esta revista se ha afirmado que es para el modernismo americano lo que el prefacio de "Cromwell" de Víctor Hugo para el romanticismo francés. Esta vez fue un periódico el que constituyó un exponente de la nueva escuela. La Revista Azul fue un albergue para los escritores que querían alentar todo impulso de novedad y propagar las nuevas tendencias modernistas. En ella colaboraron los poetas más importantes del ciclo modernista: Urbina, Díaz Mirón, Tablada, Nervo; algunos sudamericanos, como Santos Chocano, Rubén Darío, Silva, Martí, etc., y también escribieron en ella notables poetas europeos. Tradujo todas las aficiones literarias de México, que luego se habían de manifestar en la "Revista Moderna."

Gutiérrez Nájera llamó a su revista "Azul", porque pensaba que "en este color hay sol, porque en lo azul hay alas y porque vuelan a lo azul las esperanzas en bandadas; el azul no es sólo un color, es un misterio"... El color azul le fue sugerido seguramente por la revista francesa llamada también "Revue Bleue", más que por el libro "Azul" de Darío, publicado en 1888, pues Gutiérrez Nájera

en 1880 había escrito ya un poema titulado "Del Libro Azul". Esta tendencia a hacer símbolos con los colores era una característica de la época. El blanco fue otro de sus colores favoritos, e inspirado en la "Sinfonía en Blanco Mayor", de Gautier, escribe "De Blanco", un bellissimo poema:

“¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
De gótico altar?”

Y después de darnos toda clase de imágenes blancas, acaba con una muy bella y también muy acertada:

“En sueños ufanos de amores contemplo
Alzarse muy blancas las torres de un templo
Y oculto entre lirios abrirse un hogar;
Y el velo de novia prenderse a tu frente,
Cual nube de gasa que cae lentamente
Y viene en tus hombros su encaje a posar.”

Gutiérrez Nájera conserva todavía mucho del pasado movimiento romántico, pero de un romanticismo temperado, de un romanticismo que había tocado ya la realidad de la vida. Como los románticos, es intensamente subjetivo, pesimista, elegíaco, y se le ha llamado el "poeta otoñal" por esa melancolía tan romántica que se trasluce en sus versos. Campoamor y Bécquer, Hugo, Musset y Lamartine influenciaron su musa, lo mismo que Verlaine, Gautier y Banville. No desconoció el poeta mexicano ninguna de las corrientes ideológicas de su tiempo que lo impresionaron hondamente, pero también tuvo momentos llenos de personalidad, que no obedecen a ninguna escuela ni a ninguna influencia, sino a su propio ser. Sobre todo, fue un sentimental; sintió cosas profundamente, todo le impresionó y como sensitivo sincero, no pudo sustraerse a las diversas sugerencias del arte de su tiempo. Obedeció así a su temperamento y a su época.

Fue un poeta del amor, de suave y delicado sensualismo, al que su innato buen gusto le impidió llegar a la vulgaridad de sus contemporáneos franceses que trataron estos asuntos. El sentimiento del amor le producía intensa tristeza. En "La Serenata de Schubert", —en mi opinión su obra maestra—, produce estrofas con acentos arrancados a una cuerda que gime constantemente al recuerdo de la amada. Este solo poema hubiera bastado para consagrar a su autor:

“¡Oh, qué dulce canción! Límpida brota
Espanciendo sus blancas armonías,
Y parece que lleva en cada nota
¡Muchas tristezas y ternuras mías!
¡Así hablara mi alma... si pudiera!
Así dentro del seno,
Se quejan, nunca oídos, mis dolores!
Así, en mis luchas, de congoja lleno,
Digo a la vida: ¡Déjame ser bueno!
¡Así sollozan todos mis amores!”

La novia del poeta entreabre la ventana y le dice “hasta mañana”,
pero

“¿Por qué es preciso que la dicha acabe?
¿Por qué la novia queda en la ventana?,
Y a la nota que dice: “¡hasta mañana!”
El corazón responde: “¿quién lo sabe?”

“Y la tierna serenata”, dice el poeta, “va flotando”.

“En las ondas de plata
De la atmósfera tibia y transparente,
Como una Ofelia náufraga y doliente.”

La inmensa tristeza y el dolor de ese canto están muy justificados,
pues la dicha de ayer no es nunca la de mañana.

“Y lo que tú pensaste que era el sueño,
Fue sueño, ¡pero inmenso!, el de la muerte!
.....

¡Ya nunca volveréis, noches de plata!
Ni unirán en mi alma su armonía,
Schubert, con su doliente serenata,
Y el pálido Musset, con su “Lucía”.

Es esta composición tan melodiosa que en realidad parece que
su autor trasladó íntegras en ella las cuerdas de la música de Schu-
bert. Esta aspiración de impartir a las palabras la cualidad suges-
tiva de la música, hallóse cristalizada en esta magnífica serenata de
Gutiérrez Nájera. Y no fue la única vez que lo logró nuestro poeta;
en muchos otros de sus poemas también parece que se está oyendo
cantar la letra de alguna exquisita melodía, como en el titulado “A la
Corregidora”, que empieza así:

“Al viejo primate, las nubes de incienso;
Al héroe, los himnos; a Dios, el inmenso
De bosques y mares solemne rumor;
Al púgil que vence, la copa murrina;
Al mártir, las palmas; y a tí—la heroína—
Las hojas de acanto y el trébol en flor.”

Este poema fue el último escrito por el poeta y fue pronunciado

al colocarse la primera piedra en el monumento que se levantó a la Corregidora Domínguez en el jardín de Santo Domingo.

Fue Gutiérrez Nájera también el poeta de la gracia. En todas sus composiciones—las tristes, las humorísticas, las clásicas—sobresale su cualidad esencial, que es la gracia, y que junto con la naturalidad y sencillez tan características también en él, dan la clave de la sutil elegancia de su obra.

“La Duquesa Job” es un poema lleno de gracia, escrito en ritmo ligero y alado. Tanto esta composición como “Para el Corpiño” y “Para un Menú” nos presentan otro aspecto del poeta: el de la frivolidad, además de constituir verdaderos aciertos estéticos.

En estos poemas humorísticos es en donde más se refleja la influencia francesa, que lo ayudó tanto a inyectar con sangre nueva al españolismo y a rejuvenecer y flexibilizar a la lírica. Su espíritu, pues, se nutre de savia francesa, y por eso don Justo Sierra dijo que la divisa literaria de Gutiérrez Nájera era: “Pensamientos franceses en versos españoles”. Su amor por Francia era tan grande que le ofrece un gran tributo de amistad en “Francia y México”.

Su temperamento, sereno y delicado, le impidió poemas bélicos; su voz no es para gritar roncros himnos guerreros; lejos de esto, analiza fríamente los defectos de sus compatriotas y aconseja a su patria paz y reflexión.

No obstante esa serenidad aparente, en el fondo fue un hombre atormentado. Los velos de su dulce y amable gracia disimularon a veces sus preocupaciones por el más allá, sus emociones religiosas, sus dudas, sus desesperaciones. Tiene, sin embargo, en muchos de sus poemas, expresiones de angustia hondas y vigorosas. Nuestro poeta fue de la fe ciega en la divinidad, hasta la completa negación del todo, bebiendo su inspiración ya en los manantiales del arte cristiano, ya en los de la poesía pagana, para volver en sus últimos días a cantar a Dios.

“Ondas Muertas” y “Castigadas” son de una ternura elegante y melancólica, que se hace más penetrante y menos suave en “Mis Enlutadas”; este sentimiento de la ternura todavía evoluciona más en sus poemas, haciéndose cada vez “menos tierno”, y por fin, en “Las Almas Huérfanas” da un grito desesperado que lanza su alma macerada por la duda. En “El Monólogo del Incrédulo” se muestra aún más pesimista; su desesperación crece y en un momento de profundo dolor llega a lo blasfemo:

“¿Tengo miedo?... ¿Miedo a qué?
¿Al Dios cruel que me dio
Lo que no solicité?
Pues que sin quererlo entré,
Salgamos... y se acabó.

Si de un Dios a la presencia
Llego en saliendo de aquí,
Puedo decirle en conciencia:
—No me gustó la existencia...
¡Por eso la devolví!"

Este monólogo nos recuerda otro muy famoso en la literatura española, el de Segismundo, incrédulo de la obra de Calderón de la Barca "La Vida es Sueño", en el que se afirma que el delito mayor del hombre es haber nacido.

Es tan implacable la angustia que siente nuestro poeta por el conflicto que se produce en su alma, que reniega de la vida y desea vehementemente la muerte. No obstante, no se atreve a dársela:

"Mas la vida cautelosa
Nos ata con duros lazos,
Y en vano la muerte hermosa,
Como una pálida esposa
Nos tiende siempre los brazos.
Con fin perverso y con maña,
Nos va enredando la vida
Entre sus hilos de araña,
Y, aunque la vida nos daña,
No encontramos la salida."

Y más adelante exclama:

"¡Qué vida tan fementida!
¡Cuánta es su astucia! ¡El placer
Nos obliga a dar la vida,
Y a la vida aborrecida
Nos encadena el deber!"

Piensa en sus padres, a quienes ama, y comprende que si se matara él mismo, moriría su madre de dolor. El recuerdo de su novia le detiene también; pero aquí le embarga otra duda: ¿Le ama su novia sinceramente?, y él, ¿la ama de la misma manera?

"Amar y no ser amado
No es la pena mayor:
Ver el cariño apagado,
No amar lo antes amado
Es el supremo dolor."

Todo es desesperante para él en la vida y por eso acaba diciendo:

"O ven más aprisa, ¡oh muerte!
O surge en mi sombra ¡oh Dios!"

Este pensamiento del "Monólogo del Incrédulo" se repite en "Después"; aquí su angustia se hace más atormentadora. No es de extrañarse, pues este poema fue compuesto por el autor acabando de morir su padre, en 1889.

Lamenta no poder creer y anhela el poeta la paz que conoció en su niñez.

"El templo colosal, de nave inmensa,
Está mudo y sombrío;
Sin flores el altar, negro, muy negro;
¡Apagados los cirios!
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!...
¿En dónde estás, oh Cristo?
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
Como llama a su padre el pobre niño!...

¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
En el desnudo altar arder los cirios!...
¡Y me ahogo en la sombra... ya me ahogo!
¡Resucita, Dios mío!"

De las desilusiones de la vida nos habla también, pero de una manera simbólica, en "Mariposas":

"¡Así vuelan y pasan y expiran
Las quimeras de amor y de gloria,
Esas alas brillantes del alma,
Ora blancas, azules o rojas!
¿Quién conoce en qué sitio os perdisteis,
Ilusiones que sois mariposas?
¡Cuán ligero voló vuestro enjambre
Al caer en el alma la sombra!"

La lira simbolista la había pulsado ya Gutiérrez Nájera en "Ondas Muertas", en cuya composición comparó admirablemente las oscuras y silenciosas corrientes de su alma con las solitarias y subterráneas corrientes de los ríos.

Volviendo al problema filosófico y religioso que lastimaba su espíritu, hay que citar su composición "Pax Animae". El poeta ha encontrado ya, en cierto modo, paz para su espíritu; pero no es que haya resuelto el problema, sino más bien es una resignación, un propósito de soportar las injusticias de la vida y olvidar lo malo que contiene. Este pensamiento nos lo revela en endecasílabos que, además, son verdaderos aciertos métricos:

"Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
Y luego... reclinarse fatigado
En el hombro de nieve del olvido."

No olvida, sin embargo, su tono rebelde de "Después", y de "El Monólogo del Incrédulo", y así afirma:

“¿A qué pedir justicia ni clemencia
—Si las niegan los propios compañeros—
A la glacial y muda indiferencia
De los desconocidos venideros?

¡A qué pedir la compasión tardía
De los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
Y nadie, nadie a nuestra voz responde!”

Gutiérrez Nájera, dejando algunas veces estos profundos y lúgubres sentimientos, supo ser también buen poeta descriptivo, pero descriptivo de cosas inciertas y dando interpretaciones individuales, cosa que tiene por explicación su carácter de bardo modernista. En "Tristissima Nox", nos pinta:

“La noche es formidable: hay en su seno
Formas extrañas, voces misteriosas;
Es la muerte aparente de los seres,
Es la vida profunda de las cosas.

Dios deja errar lo malo y lo deforme
En las sombras nocturnas: de su encierro
Salen brujas y fieras y malvados;
En el dormido campo ladra el perro,
Maúlla el gato negro en los tejados.
Pueblan el aire gritos estridentes:
Ya de infeliz mujer es el quejido,
Ya el trote de caballos invisibles
O de salvaje hambriento el alarido;
Plegarias, maldiciones y sollozos.”

Este poema, como se ve, es un posible ejemplo de poesía objetiva, como lo es también "Ráfagas", pero son pocas en su obra las composiciones de este género.

Fue, como todos los poetas de su tiempo, poeta de ocasión; escribió composiciones para ser pronunciadas en alguna fecha solemne, y también expresó en álbum galanterías ocasionales. Aunque, generalmente, tratándose de otros poetas menos geniales que él, hay que proscribir esta clase de poemas, con Gutiérrez Nájera debe hacerse una excepción y tomar en cuenta algunos de este género.

Tiene también otras composiciones que tratan otros asuntos diversos de los ya indicados. "Pecar en Sueños", por ejemplo, poema de honda filosofía y de sutil y extrema delicadeza en el verso. En sus versos no hay uno solo que pudiera ser cambiado sin perder

mucho en belleza. Hasta en sus canciones menos felices hay deliciosos arpeggios de melodía y ensueño. Otra de sus joyas poéticas es "Tres Amantes", que supera a muchas composiciones de otros que han tratado el mismo asunto. "Albores Primaverales" es uno de sus poemas que merece mencionarse; fue quizá sugerido por "Las Golondrinas", de Gustavo Bécquer, pues las primeras líneas se parecen mucho.

Gutiérrez Nájera tuvo el dón de imitar la armonía y el ritmo cadencioso de la música. Espíritu ansioso de luz y de porvenir, a esto se debe, muy en particular, el lugar de precursor que ocupa en la lírica modernista.

Como los grandes poetas modernistas, fue él también a buscar enseñanzas en el gran clasicismo español, como lo revelan los tercetos de su "Epístola a Justo Sierra". Las "Odas Breves" fueron compuestas también a la manera clásica y revelan el gusto afinado de su autor y el cuidado de la métrica. Estas odas, como casi todos sus poemas, son majestuosas y distinguidas.

Gutiérrez Nájera, que en el orden moral es cristiano de fondo y epicúreo en la vestidura, es, frente a la naturaleza panteísta, helénico. En todas sus obras hermana la pureza castiza, dándole soltura y variedad, con la versificación armoniosa y con la expresión candorosa y delicada de sus afectos.

Como Darío cuando decía: "Yo nunca aprendí a hacer versos, ello fue en mí orgánico, natural", nuestro poeta también confiesa en "Nada es Mío", que escribe versos por un dón natural. El no experimentó, como Darío, muchas innovaciones métricas: su ideal era más bien enriquecer el idioma y darle mayor encanto musical, lo que logró admirablemente.

Los versos de Gutiérrez Nájera están escritos, la mayor parte de ellos, en 8, 10, 11 y 14 sílabas, aunque hay otros que contienen distinto número.

Tampoco obedeció su arte a una metódica evolución literaria. No hay en él esa evolución lógica que advertimos en Nervo a través de, "Jardines Interiores", "Serenidad" y "Elevación". Empieza "el Duque" siendo romántico; toma un aspecto realista en "Lápida", para volver a ser esencialmente romántico en "La serenata de Schubert". En "Calicot" y "La Misa de las Flores" se muestra otra vez objetivo. Coexisten, pues, y alternan ambas manifestaciones de arte. Siguiendo este camino, encontró nuevas luces y nuevas sonoridades, y en "Nada es Mío" ya nos anuncia esa nueva sensibilidad que tan admirablemente supo impartir a la lírica. Así, en "Mariposas", "De Blanco" y "Salmo de Vida", es ya un poeta modernista. Pero en realidad, recordando nuestro recargado y a veces ridículo romanti-

cismo, y tomando en cuenta la claridad de expresión como un esfuerzo de renovación métrica, podría afirmarse que nuestro poeta fue en todas sus composiciones modernista; la sencillez fue su cualidad primordial.

Si en su pensamiento no hay una franca evolución al pasar de un aspecto a otro, no ocurre así en su estilo, en el que sí hay, sin duda alguna, un progreso notable en el cuidado métrico y en el encanto musical.

En todos sus poemas nos probó que era un poeta capaz de encerrar las más pobres esencias en los más bellos vasos. Supo jugar con las imágenes y hacer vibrar su espíritu en alegorías y símbolos. Ahondó el sentimiento, contribuyó a afirmar la sensibilidad, embelleció la poesía con su fecunda inteligencia e inspirada imaginación. En cada imagen puso una luz nueva y en cada ritmo un temblor antes desconocido. Fue romántico y observador, simbolista y parnasiano en distintas ocasiones, pero en todas siempre proveedor de belleza. Sus versos, bruñidos, ondulantes, llenos de filigranas y colores sensuales y místicos, tienen el poder de despertar infinitas sensaciones. Dibujó y coloreó la imagen con delicadeza y hechizo mágico. Para la graduación de matices, que es una de las principales cualidades simbolistas, tuvo una sensibilidad deliciosa y vibrante.

Aunque el modernismo siguió más tarde caminos distintos de los que hubiera trazado este poeta, permanecerá él siempre como un anunciador, como el precursor por excelencia de la lírica modernista en México.